



KARBONILLA. --Peque, ¿quieres un barquillo?
EL PEQUE. --Eso no es un barquillero, es un hombre con "gasógeno".

(Remitido por Francisco E. Fernández Sebastián. — Gijón.)

... la Bruja Ivespelos continuó su chispa...
 taron por los aires. Pero no volvieron a sus cubiles, sino que quedaron vagando sobre el bosque para vigilar los pesos de nuestro munsequito de linterna china.
 Sólo la Bruja Ivespelos continuó su charla con el elegante.
 --¿Y la chiquilla?-- preguntó en cuanto quedaron solos.



ANDANZAS DE LAPICERIN

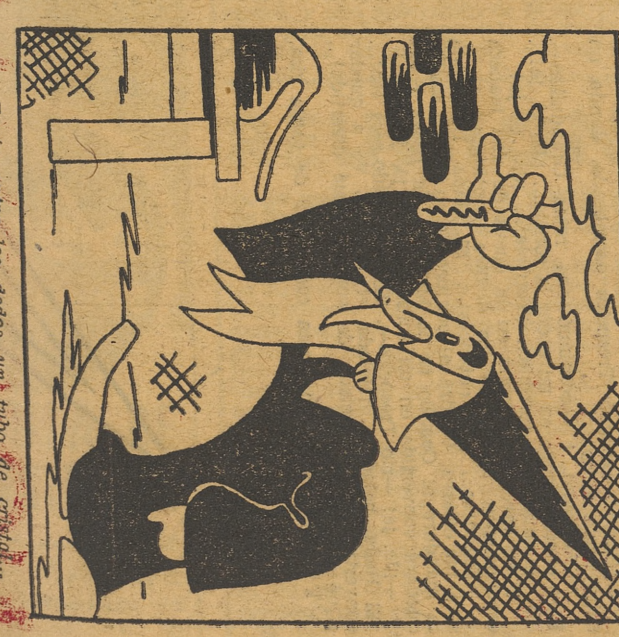
BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

to del gigante, y, una tras otra, penetraron en la sala de consejos.
 --¿Estáis todas?-- preguntó Grandullón, y su voz re-



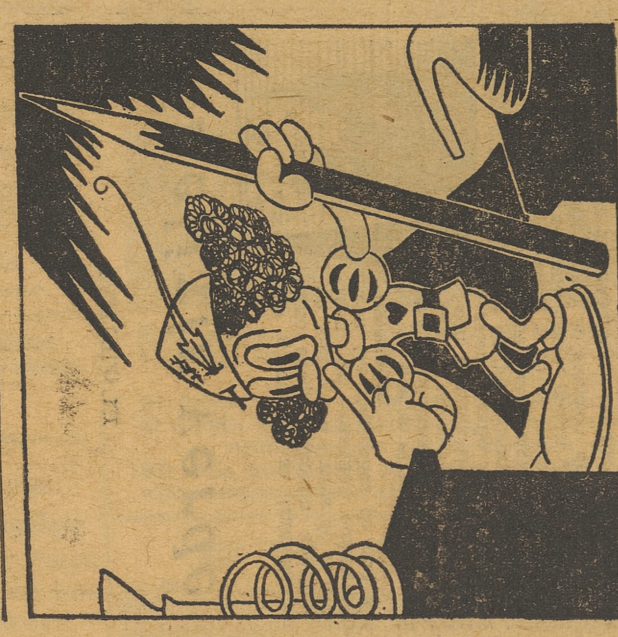
percibió en la bóveda con el estruendo de cincuenta truenos.
 --Si; estamos todas--contestaron las brujas.

... La tengo a buen recaudo. Por lo que toca a esta mocosa, no nos volverá a molestar.
 --¿Y has conseguido lo que querías?
 --Eso me preocupas. He conseguido atrapar a Pitusa, pero la sorfija... ¡ha desaparecido!



BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

ANDANZAS DE LAPICERIN



Esto es mágico -- exclamó...
 todas partes, mezclando líquidos y ensavando reacciones. Tenía, entre los dedos un tubo de cristal lleno de un líquido de color verde brillante, donde vertería, gota a gota, el contenido de otro recipiente, produciendo el humo y el olor extraño que notaba nuestro amigo. Tras de un buen rato de estar dedicado a esta ope-

Los hombres que vuelan

Por LUIS MOTTA

(Continuación)

— ¡Dicen que ha partido una mujer! —
 — ¡La hermana de Marchal! —
 — ¡Pero si el campeón francés no tiene ninguna hermana! —
 — ¡Será su mujer! —
 Los vendedores de periódicos invadieron los grandes bulevares, voceando los extraordinarios dedicados al gran acontecimiento.

— ¡Presidente de la aviación y sus invitados, se dirigieron hacia el Club, para aguardar allí los primeros despachos que llegasen de los puestos de observación. —
 Entre tanto, Moreaux, que hasta entonces había logrado mantenerse en primer fila, adelantando a todos los contrincantes, tuvo que detenerse por un recalentamiento del motor de su aparato. —
 Farman y Bleriot se pusieron entonces delante, y detrás de ellos, a unos docientos metros de distancia, iba Marchal, rápido como el rayo, y en pos de éste, Pierre Bonnard.

La máquina del francés era una cosa verdaderamente admirable. La hélice giraba con tal velocidad, que era en absoluto imposible distinguir sus aspas. Sólo se veía una línea oscura, de la que se escapaba un ruido sordo y continuo. —
 La marcha era rítmica, precisa, sostenida. El aeroplano, empujado por un propulsor tan potente, avanzaba con la velocidad del huracán.

Bajo el aeroplano huían árboles, casas, calles y pueblos. Por el camino real de Fontainebleau se detienen los coches y carros, asombrados por el paso de aquellas máquinas admirables, que anunciaban su llegada con el tai-tai del motor, y pasaban sobre sus cabezas con un ruido de fronda agitada por el viento. —
 Bonnard procuraba acelerar su marcha para alcanzar a Marchal. El deseo de venganza no le dejaba en sosiego. Quería a todo precio gastarle una mala jugada a Marchal, que con su sospecha, verdaderamente injuriosa, le había humillado delante de los invitados en el Campo de Marte.

Aumentó la velocidad del motor, y se elevó a gran altura; luego, como si le faltase apoyo, se dejó caer sobre la máquina de su rival, resbalando sobre las capas atmosféricas. —
 Marchal vio en la verde llanura la sombra del aparato enemigo, proyectada, sobre la del suyo.

— ¡Eh! ¡Cuidado! —
 Pero Bonnard no respondió y siguió descendiendo; su máquina tropezó con la de Marchal, haciéndole perder el equilibrio. —
 Marchal descendió a su vez con gran rapidez; el aparato describió una curva tan violenta, que durante unos segundos se le vio vacilar y estuvo a punto de estrellarse contra el suelo; la experiencia, la sangre fría y el robusto brazo del francés, le salvaron de una caída mortal.

El aviador dejó manobrar una de las hélices, durante unos momentos, mientras detenía la que hacía marchar al aeroplano. En esta disposición, el aparato siguió bajando con vuelo lento, como una cometa gigantesca. —
 Bonnard pasó adelante, describiendo un terrible ziz-zás, con un rumor infernal de detonaciones, pues había dejado libre el escape.

Así se encontró de pronto al frente de la fila de los concursantes; la agresión que había cometido pasó inadvertida para todos. Moreaux, Farman y Bleriot, se quedaron atrás, ocupados en sus máquinas, y pudo alejarse tranquilamente, como si el abordaje del que estuvo a punto de ser víctima Marchal, hubiese obedecido a la casualidad o a cualquier imprudencia.

Cuando Marchal pudo regularizar su marcha, su enemigo se hallaba ya muy lejos. Aún consiguió distinguirle cuando volaba sobre las copas verdosas de unos pináculos enormes; después vio cómo se confundía, con la bruma diáfana que velaba el horizonte.

— ¡Ladrón! ¡Ladrón! — gritó con indecible angustia, reanunciando el vuelo en pos de su enemigo.

— ¡Ah! — exclamó. — Ya me pagarás esta traición. En este momento, llegaba encima de Fontainebleau; la ciudad se extendía soberbia, con las amplias calles, sombrías por árboles añosos, con las torres, los campanarios, los jardines preciosos, los hoteles diseminados por aldeas y poseos.

Los caminos negreaban de gente. Marchal oía las voces que llegaban hasta él; llevaba una velocidad de treinta kilómetros por hora; distinguía los furiosos ladridos de los perros, que tomaban la máquina por un pájaro maravilloso. Hubo un momento en que perdió toda esperanza; estuvo tentado de bajar y renunciar al concurso; pero la rabia lo sostuvo, y le animó el violento deseo de alcanzar a Bonnard y vengarse de él. —
 Dejando Fontainebleau a sus espaldas, voló hacia las colinas de Armazón; el camino aparecía despejado del todo; en cuanto su mirada podía alcanzar no se veían más que praderas cubiertas de verde, y extensos trigales.

Pierre Bonnard había desaparecido. —
 ¿Dónde estaba? ¿Habría caído al suelo? —
 ¿Habría sufrido la máquina algún accidente, o por el contrario habría cruzado ya la llanura? —
 Marchal aumentó de nuevo la velocidad del motor, que había disminuido un poco, dándole toda la que podía desarrollar.

La verdedosa llanura estaba a punto de concluir. De vez en cuando se veía pasar un ganado de vacas, guardadas por unas pastoras. Levantaban la cabeza atraídas por el ruido y miraban como imbeciles la enorme máquina que corría por el aire. Una blanca lejana le destrozó al aviador un momento. —
 Ese debe ser Pierre Bonnard — pensó. —
 Moderó la marcha y descendió hasta una altura de diez metros del suelo. —
 De improviso sonó un tiro. —
 Marchal tembló. Rozándole casi la cara había pasado un proyectil. —
 — ¡Canalla! — gritó, inclinándose para buscarle con la mira. —
 No vio nada. Ahora a sus pies, se extendía un bosque de encinas muy negro y árpero; más allá la llanura, donde se veía blanquear la misteriosa masa. —
 — Es el aeroplano de Bonnard — dijo Marchal. —
 Disminuyó más la marcha y se dispuso a descender. ¿Le daba la hora de la venganza? Por fin se hallaba frente al enemigo.

Aquel lugar desierto, tranquilo, y adormecido por el sol de mayo, era el más a propósito para los deseos de Marchal. Cuando la máquina iba a tocar el suelo, llamó su atención la presencia de un hombre que acudía con presteza. Era Bonnard; Marchal le reconoció antes de distinguir sus facciones. —
 Al hallarse los dos aviadores a veinte metros de distancia, observó Marchal que su enemigo empuñaba un revólver. Comprendió entonces que el que había disparado desde las encinas era su adversario, y tembló con espanto. —
 — ¡Asesino! — exclamó con ira y fuera de sí. — ¡Te has propuesto acabar conmigo! —
 — ¡Sí, vengo a vengarme de tus insultos — aulló a su vez Pierre Bonnard. —
 — ¡Ladron y asesino! — vociferó Marchal cada vez más furioso. — ¡Ten cuidado; no avances... O...! —
 Y apuntó con su revólver, cargado con seis balas. —
 — ¿Quiere usted que nos batamos en duelo? — dijo Bonnard cuando vio a su contrario dispuesto a rechazar la agresión. —
 — ¡Sea! — replicó Marchal, bajando de su aeroplano. — Estamos solos y podría matarle a usted como a un perro, pero prefiero un duelo leal... En guardia, a la tercera voz tiro yo. Reconociendo la imposibilidad de huir, Bonnard apuntó a su vez. —
 A la tercera voz sonaron simultáneamente dos disparos, y Marchal vio a su adversario extender los brazos y caer en tierra. —

(Continuará)



FALLA NUMERO 3
 Comisión de la falla infantil de las calles de Puerto Rico y adyacentes:
 Presidente, Francisco Borja Grau; vice, Ernesto Sánchez Mora; secretario, Antonio Elias; vice, Velarde Caballero; presidente de festejos, Teodoro Muñoz; vice, Blas Ruiz; tesorero, Eduardo Reig; vocales: José Martínez, José Caspeiro, Antonio Leiva, José Castillo, Ildefonso Dominguez, Luis Saus, Ramón Baccé, Vicente Lechán, Regina Sánchez, Teresa Bodí, María Teresa Bodí, Vicenta Bono, Cosme Clemente.



ADIVINANZAS
 — ¿En qué se parece un artista de teatro o cine a un fabricante de papeles? —
 — En que dicho artista también hace papeles. —
 Antonio Sabater Bargues, Valencia.

— ¿Cuál es el futuro del verbo andar? —
 — Andar. —
 Juan Irujo, Valencia.

— ¿En qué se le parece un burro a una mesa? —
 — Solución: En que los dos tienen cuatro patas. —
 Joaquín Aguilera, 8 años, Valencia.

COLMOS
 — ¿Cuál es el colmo de un peluquero? —
 — Cortarle el pelo a EL PEQUE. —
 Paquita Sabater Niño, Valencia.

— ¿Cuál es el colmo de un moro? —
 — Llevar impermeable y llamarse «mojamé». —
 Antonio Lafuente Martí, 12 años, Valencia.

¡REVOLTELLO!

Plegaria por nuestra División Azul

Hacia las vastas estepas de la inmensa Rusia fría, tus hijos, madre!, se fueron. Con camisa azul vestían, y como si el corazón en el pecho les quemara, velase sobre azul las cinco flechas bordadas. Eran del color del fuego, fuego que les abrasaba, que son las ansias de Imperio que para España anhelaban. Azules son sus camisas como el manto que Tú lucas; bajo su camisa azul

llevan con fervor las cruces. Tú, Madre, que los conoces, protégelos, Madre mía, que todos vuelvan a España, a esta su cuna querida. Mas si alguno allí se queda porque su puesto le llama, alientale Tú que puedes, dale un adiós por España, cúbrelo con su bandera y luego líevalo a Ti; dile que España no olvida a hijos que saben morir. María del Carmen García, 14 años. — Valencia.



BLANCO CONTRA ROJO
 El buen Calcirón, al que le gustaba mucho la zoología, iba un día por un lugar solitario de América, cuando descubrió una hermosa mariposa que le faltaba en su extensa colección. Decidido a cogerla, la persiguió, tuvo la desgracia de tropezar contra una piedra que había en el suelo y cayó cuan largo era. Maldiciendo a la piedra, la cogió para lanzarla bien lejos y esto fue lo que hizo, pero con tan mala fortuna, que la tiro sobre la cabeza de un piel roja, el cual se alzó indignado y al ver al autor del atentado, lo persiguió furiosamente para darle muerte. Calcirón, al comprender las intenciones del indio, echó a correr y llegó a la orilla de un río junto al cual había una enorme piedra y un palo. Tomando rápidamente una determinación, ató la piedra al palo con una cuerda y cuando llegó el indio, tiró del palo y la piedra fue a pegar en la cabeza del perseguidor dejándolo fuera de combate. Luego cogió su pistola y lo hizo hue.



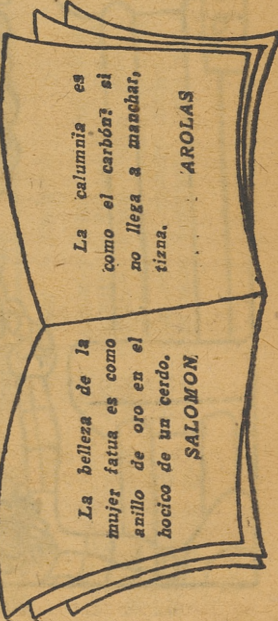
ADIVINANZAS
 — ¿En qué se parece un artista de teatro o cine a un fabricante de papeles? —
 — En que dicho artista también hace papeles. —
 Antonio Sabater Bargues, Valencia.

— ¿Cuál es el futuro del verbo andar? —
 — Andar. —
 Juan Irujo, Valencia.

— ¿En qué se le parece un burro a una mesa? —
 — Solución: En que los dos tienen cuatro patas. —
 Joaquín Aguilera, 8 años, Valencia.

COLMOS
 — ¿Cuál es el colmo de un peluquero? —
 — Cortarle el pelo a EL PEQUE. —
 Paquita Sabater Niño, Valencia.

— ¿Cuál es el colmo de un moro? —
 — Llevar impermeable y llamarse «mojamé». —
 Antonio Lafuente Martí, 12 años, Valencia.



AROLAS
 La belleza de la mujer fatua es como anillo de oro en el hocico de un cerdo. SALOMON

La calumnias es como el carbón; si no llega a manchar, tizna. AROLAS

LA COCINA DE UN PARQUE ZOOLOGICO

La cocina de un parque zoológico es tan interesante como la colección de ejemplares que permanecen en cautividad, entre el entipado formidable o la tupida tela mullida de las jaulas. ¿Qué y cuánto come el hipopótamo? ¿Qué cuidados exige el estomago del canguro? ¿Cuáles son los alimentos favoritos de la jirafa?

Todas estas preguntas que excitan la curiosidad las encuentra contestadas el que visita la cocina de un parque zoológico.

Vamos a realizar esa visita. Nos encontramos en un gran departamento dividido en numerosos recibos y apartados, algunos tan espaciosos como salones o almacenes.



Este almacén de heno lo vacía un solo elefante en veinticinco días.

Mesas repositivas de toda clase de vegetales, platos de sangre caliente y de carne despedazada, un banco de cocina con varios fogones, donde tres mujeres preparan los guisos más extraños.

Esto último atrae especialmente nuestra curiosidad. Nos dirigimos a una de las cocinas:

—No sabía que a los animales les gustaban las comidas calleñas.

—Algunos son tan delicados de estomago, que los técnicos han tenido que estudiar y componer para ellos recetas especiales. Nosotras las seguimos al pie de la letra.

De pronto oigo esta sorprendente pregunta lanzada desde uno de los apartados más profundos de la cocina:

—¿Ha venido ya el elefante por sus cubos?

—No responde con naturalidad la mujer que está ha-

biando conmigo—. Sólo han venido las lcas.

Miro reciosamente a la cocinera. Se estarán burlando de mí? Será una costumbre de nosotros. A unos nos gusta

—¿Comen indistintamente toda clase de carnes?

—Cada cual tiene sus caprichos. Suecede como entre nosotros. A unos nos gusta



establecida en las cocinas de los parques zoológicos divertirse a costa de los visitantes profanos?

Con esta duda, continuamos la visita. Estamos en un departamento donde dos hombres descuartizan a un caballo. Preguntamos a uno de ellos:

—¿Son muy frecuentes estos sacrificios?

—Todos los días matamos dos caballos y les damos sepultura en el estomago de as fieras.

—¿Y no reventan?

—¿Reventan? Siempre se quedan con apetito. No se les da todo lo que les cabe en el estomago, sino lo que conviene a su organismo. Incluso se les hace ayunar un día cada semana como medida sanitaria.



Un leopardo de las nieves del Norte de Rusia, raro ejemplar muy apreciado.

Cada veinticinco días hay que llenar el almacén de nuevo. Y tenga usted en cuenta que no es sólo heno lo que come.

El nuevo recibo que visitamos parece una tienda de frutas. Es la despensa de los monos. Son muy golosos y prefieren los plátanos maduros a cualquier otro alimento.

La alimentación de los pájaros es más complicada de lo que parece. Multitud de recipientes con toda clase de granos, gusanos y verduras cortadas en trocitos muy pequeños, cubren varias mesas.

Estos animales son los niños mimados del parque, porque mueren de hambre antes de ingerir un alimento inadecuado o, en caso de injerirlo, morirían de indigestión.

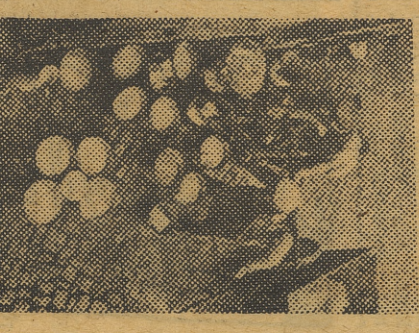
Nuestra visita ha terminado. Antes de salir nos detendremos un momento a pensar en la gran equivocación que sufren los que creen que la cocina de un parque es un simple montón de desperdicios. Por el contrario, cuesta mucho trabajo y dinero alimentar a los animales cautivos.

—¡Ahí viene el bisonte!— Damos un salto y nos disponemos a huir a cien por hora.

—¿Ha venido el rinoceronte por su ración?

—Acaba de marcharse con el camello.

Esta vez nos asalta la duda de si, en efecto, dejarán salir a los animales de sus jaulas para que ellos mismos vayan por su comida. Pero en seguida rechazamos la idea, de que pongan en libertad a un animal tan temible como el rinoceronte.



Todo esto, más 25 kilos de heno, es lo que consume un elefante cada día.

Pero nos detenemos al darnos cuenta de que el llamado «bisonte» es un guardián que pasa tranquilamente por nuestro lado, coge dos grandes cubos y se va.

Comprendemos al fin. Dan a cada guardián el nombre del animal que cuida. La costumbre de sintetizar tiene a veces estas sorpresas inquietantes.

—Tendrá comida para un año.
—Ni siquiera para un mes.

J. B. VALERO

UNA BUENA ACCION

Habitaba en un pueblecito bañado por las aguas del Mediterráneo, un rico conde que tenía un niño llamado Ricardo.

El niño tenía de 14 a 15 años de edad, y era en extremo muy bien educado, y muy amante de sus compañeros y profesores de colegio, donde iba, que le separaba muy poco de su casa.

En un domingo, día señalado para los niños, día que disfrutaban y estaban contentos de ir al jardín de su casa jugando con sus juguetes, que le había comprado su papá cuando volvió a sus espaldas un rayo lastimero que paraba de la puerta del jardín.

Ricardo, al oírlo, se volvió hacia la puerta, y vio un niño que estaba llorando e iba muy mal vestido, sin zapatos, con sus pies, Ricardo sintió corriendo hacia la puerta del jardín, y como niño cariñoso y bueno le preguntó que por qué lloraba.

El niño le dijo que no tenía qué comer y además que su madre estaba muy enferma en la cama, sin poder darle los medicamentos que el médico le había prescrito.

—Papa, dame unas cuantas monedas y papá para que se lo coma ese pobre, y el dinero para que compre los medicamentos para su madre, enferma.

Accedió su padre a la demanda y le dio a Juanito el pan y dinero, diciéndole:

—Toma esto para tu madre y compra los medicamentos, y si tú quieres puedes venir a jugar mañana conmigo por la tarde. Y te daré unos zapatos para que te calces y una chaqueta nueva.

Le dio Juanito las gracias y le prometió que al día siguiente vendría a jugar con él, después que dejara a su madre en cama y le diera los alimentos.

Siguamos a Juanito y dejamos a Ricardo en el jardín de su casa jugando. Se fue Juanito directo a la farmacia, y después de comprar los medicamentos, marchóse con ellos a su casa.

Esta era una casa muy mal amueblada y nada más había que un catre que servía de jacho a la enferma, que tendría la edad de 26 años.

Entró Juanito en el aposento y contó lo sucedido a su madre, la cual, quedó muy compadecida.

Al día siguiente Juanito fue a ver a Ricardo y estuvieron despedirse Juanito le dijo:

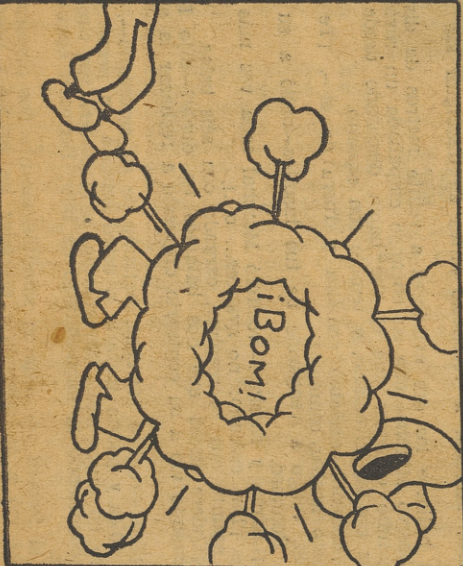
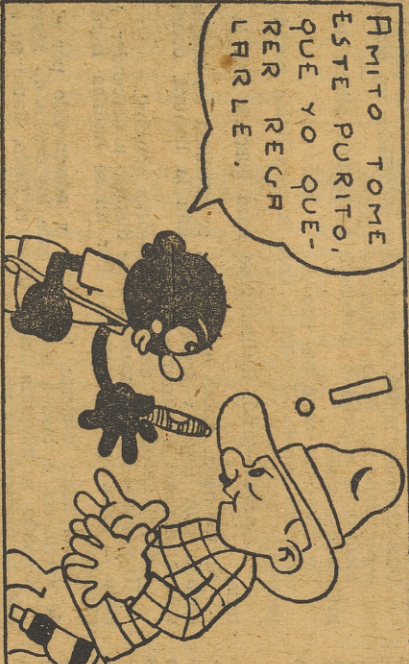
—Ricardo, mi madre está mejor, y me ha dicho que quiere venir a la tarde en mi casa en compañía de tu papá para darte las gracias ella misma.

Serán las tres aproximadamente, cuando se detuvo un hermoso auto delante de la casa de Juanito y de él bajaron un caballero y un niño, el caballero tendría la edad de 46 años y el niño alrededor de 14 años, llamaron a la puerta, y esta se abrió lentamente y en el portón apareció la figura sonriente de Juanito, que dijo:

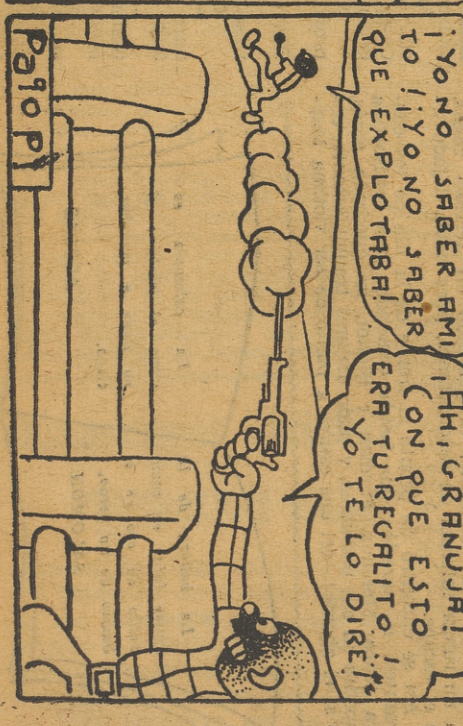
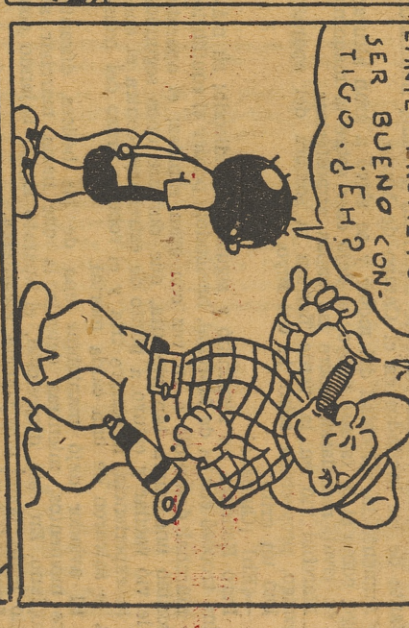
—Bien venidos, sean mis propietarios, vean ustedes, mi madre ya está mejor, gracias a su buena acción.

Cambiaron impresiones, y desde aquel momento el padre de Ricardo, a instancias de su hijo, ostentó un rostro que Juanito y Ricardo eran buenos amigos inseparables.

EL REGALITO DE GARBONCILLO



¡BIEN (GARBONCILLO!) DE HOY EN ADELANTE PROMETI SER BUENO CON-TIGO. ¿EH?



manda y salió Ricardo a jardín y le dio a Juanito el pan y dinero, diciéndole:

—Toma esto para tu madre y compra los medicamentos, y si tú quieres puedes venir a jugar mañana conmigo por la tarde. Y te daré unos zapatos para que te calces y una chaqueta nueva.

Le dio Juanito las gracias y le prometió que al día siguiente vendría a jugar con él, después que dejara a su madre en cama y le diera los alimentos.

Siguamos a Juanito y dejamos a Ricardo en el jardín de su casa jugando. Se fue Juanito directo a la farmacia, y después de comprar los medicamentos, marchóse con ellos a su casa.

Esta era una casa muy mal amueblada y nada más había que un catre que servía de jacho a la enferma, que tendría la edad de 26 años.

Entró Juanito en el aposento y contó lo sucedido a su madre, la cual, quedó muy compadecida.

Al día siguiente Juanito fue a ver a Ricardo y estuvieron despedirse Juanito le dijo:

—Ricardo, mi madre está mejor, y me ha dicho que quiere venir a la tarde en mi casa en compañía de tu papá para darte las gracias ella misma.

Serán las tres aproximadamente, cuando se detuvo un hermoso auto delante de la casa de Juanito y de él bajaron un caballero y un niño, el caballero tendría la edad de 46 años y el niño alrededor de 14 años, llamaron a la puerta, y esta se abrió lentamente y en el portón apareció la figura sonriente de Juanito, que dijo:

—Bien venidos, sean mis propietarios, vean ustedes, mi madre ya está mejor, gracias a su buena acción.

Cambiaron impresiones, y desde aquel momento el padre de Ricardo, a instancias de su hijo, ostentó un rostro que Juanito y Ricardo eran buenos amigos inseparables.

despedirse Juanito le dijo: —Ricardo, mi madre está mejor, y me ha dicho que quiere venir a la tarde en mi casa en compañía de tu papá para darte las gracias ella misma.

Serán las tres aproximadamente, cuando se detuvo un hermoso auto delante de la casa de Juanito y de él bajaron un caballero y un niño, el caballero tendría la edad de 46 años y el niño alrededor de 14 años, llamaron a la puerta, y esta se abrió lentamente y en el portón apareció la figura sonriente de Juanito, que dijo:

—Bien venidos, sean mis propietarios, vean ustedes, mi madre ya está mejor, gracias a su buena acción.

Cambiaron impresiones, y desde aquel momento el padre de Ricardo, a instancias de su hijo, ostentó un rostro que Juanito y Ricardo eran buenos amigos inseparables.

—Ricardo, mi madre está mejor, y me ha dicho que quiere venir a la tarde en mi casa en compañía de tu papá para darte las gracias ella misma.

Serán las tres aproximadamente, cuando se detuvo un hermoso auto delante de la casa de Juanito y de él bajaron un caballero y un niño, el caballero tendría la edad de 46 años y el niño alrededor de 14 años, llamaron a la puerta, y esta se abrió lentamente y en el portón apareció la figura sonriente de Juanito, que dijo:

—Bien venidos, sean mis propietarios, vean ustedes, mi madre ya está mejor, gracias a su buena acción.

Cambiaron impresiones, y desde aquel momento el padre de Ricardo, a instancias de su hijo, ostentó un rostro que Juanito y Ricardo eran buenos amigos inseparables.

—Ricardo, mi madre está mejor, y me ha dicho que quiere venir a la tarde en mi casa en compañía de tu papá para darte las gracias ella misma.

Serán las tres aproximadamente, cuando se detuvo un hermoso auto delante de la casa de Juanito y de él bajaron un caballero y un niño, el caballero tendría la edad de 46 años y el niño alrededor de 14 años, llamaron a la puerta, y esta se abrió lentamente y en el portón apareció la figura sonriente de Juanito, que dijo:

—Bien venidos, sean mis propietarios, vean ustedes, mi madre ya está mejor, gracias a su buena acción.

Cambiaron impresiones, y desde aquel momento el padre de Ricardo, a instancias de su hijo, ostentó un rostro que Juanito y Ricardo eran buenos amigos inseparables.

—Ricardo, mi madre está mejor, y me ha dicho que quiere venir a la tarde en mi casa en compañía de tu papá para darte las gracias ella misma.

Serán las tres aproximadamente, cuando se detuvo un hermoso auto delante de la casa de Juanito y de él bajaron un caballero y un niño, el caballero tendría la edad de 46 años y el niño alrededor de 14 años, llamaron a la puerta, y esta se abrió lentamente y en el portón apareció la figura sonriente de Juanito, que dijo:

—Bien venidos, sean mis propietarios, vean ustedes, mi madre ya está mejor, gracias a su buena acción.

Cambiaron impresiones, y desde aquel momento el padre de Ricardo, a instancias de su hijo, ostentó un rostro que Juanito y Ricardo eran buenos amigos inseparables.

—Ricardo, mi madre está mejor, y me ha dicho que quiere venir a la tarde en mi casa en compañía de tu papá para darte las gracias ella misma.